



Albert Lladó
Malpaís

ALBERT LLADÓ

Malpaís

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: enero de 2022

© Albert Lladó, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal:
ISBN: 978-84-18807-72-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Pavesa: Partecilla ligera que salta de una materia inflamada y acaba por convertirse en ceniza.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El mundo que vemos es el mito en el que estamos. Podemos elegir el mito a través del cual podemos mirar, pero no podemos renunciar a mirar a través de alguno. Es sumamente difícil llegar a ser consciente de que el mundo realmente es nuestro mapa, nuestro esquema; y ésa es la dificultad que entraña el hecho de ver a través de nuestra propia perspectiva. Pero si no lo hacemos, nos quedamos ciegos con una sola versión del mundo. La literalidad es una ceguera de este tipo.

El fuego secreto de los filósofos,

PATRICK HARPUR

La gente preparada para la Historia me resulta sospechosa.

Sea breve, por favor,

VÁCLAV HAVEL

I

–Barcelona arde cada cierto tiempo. Ya te darás cuenta. Nosotras también somos hijas de un incendio.

*

Los acontecimientos recogidos en esta crónica comienzan a principios del año 2032. Y acaban a finales de 2034. O un poco después. Tal vez no hayan concluido del todo. Tal vez comenzaron muchos siglos antes.

*

Chantal estaba ordenando la biblioteca de la Casa de Postas. Hacía ya más de veinte años que había llegado allí, desorientada. Un grupo de activistas del Movimiento 15-M la habían rescatado de la calle. A ella, y a su madre. En verano, la plaza Cataluña se vació de indignados, pero múltiples iniciativas surgieron de aquel fenómeno que llenó España de protestas. Las mismas personas que reclamaban una democracia real, desde sus tiendas de campaña, luego ocuparon locales que llevaban años abandonados en Barcelo-

na, y que podían convertirse en el epicentro de su acción directa.

De eso había pasado mucho tiempo, y la Casa de Postas se había transformado por completo. Cuando se instaló Chantal, el local, situado en el número 60 de la calle Sant Pere Mitjà, a un paso de la plaza Sant Pere, era un lugar lleno de ratas y suciedad. Los activistas lo limpiaron rápidamente y, además de las asambleas políticas que organizaban cada sábado al mediodía, habilitaron el piso de arriba para atender a las personas sin hogar. Con la ayuda de algunos vecinos, instalaron unas duchas y una precaria cocina. Cada día servían desayuno, almuerzo y cena. Y un sitio seguro en el que vivir por un tiempo.

Aquella mujer frágil y pequeña, vestida con una ancha sudadera ilustrada con un dibujo de Mickey Mouse, temblaba cuando la llevaron a la casa ocupada. Dos años durmiendo en la calle pueden destrozar a cualquiera. El caso de Chantal era especialmente delicado. Su feroz alcoholismo le había arrebatado la poca fuerza de voluntad que le quedaba cuando, tras una orden judicial, la expulsaron del piso del Eixample en el que había vivido, junto con su madre, la mayor parte de su vida. También junto con su madre —una mujer con acento francés que, incluso en los peores momentos, vestía con un chal de terciopelo negro— aprendió a sobrevivir entre cajeros, albergues y comedores sociales.

*

Lo peor es el agua. Es peor que el frío. Todos los que han vivido en la calle lo saben.

*

El primer mes en la Casa de Postas fue el más difícil. La madre desapareció repentinamente a los pocos días, y el síndrome de abstinencia había convertido el vulnerable cuerpo de Chantal –entonces tenía menos de cuarenta años– en una vieja máquina que se movía entre espasmos y convulsiones. Los activistas le facilitaron ayuda médica, y una alimentación regular y equilibrada. Durante las dos décadas que habían pasado desde entonces, tuvo varias recaídas, alguna realmente grave, pero, a punto de cumplir los sesenta, había encontrado su espacio, su rutina. Siempre silenciosa, las treinta personas que dormían en la casa sabían que Chantal era alguien de fiar, que rehuía el conflicto, y que lo único que parecía reclamar a cambio era que la dejaran habitando sus largos silencios.

*

Aquel día su silencio mutó de rostro. También el silencio tiene muchas caras.

*

El proyecto autogestionado de la Casa de Postas siempre tuvo como principal objetivo servir de trampolín para las personas que estaban pasando una situación complicada. Al principio, los activistas –algunos de ellos dormían en la casa– iban a la calle en busca de personas a las que rescatar. Cuando la ciudad apagaba sus neones, cada rincón de Barcelona

mostraba, para el que quisiese estar un poco atento, las ruinas de un Mediterráneo cada vez más hostil. Pronto, sin embargo, fueron las mismas personas desahuciadas las que llegaban a Sant Pere Mitjà pidiendo ayuda. Los espacios municipales o estaban desbordados, o sus funcionarios hacían demasiadas preguntas. En la Casa de Postas sólo tenías que comprometerte a no consumir drogas durante tu estancia, a participar en todas las tareas que te asignaban –era, sin duda, un proyecto que combatía la lacra de la caridad– y, en la medida de lo posible, una vez recuperado, intentar dejar tu espacio a otra persona que lo necesitara con más urgencia.

La Casa de Postas era un sitio de paso. Un respiro ante tanta cloaca moral. Los usuarios estaban allí un año. Dos, como máximo. Pero Chantal se quedó. Pasaron las semanas, y los meses. Los activistas se fueron marchando, y la casa aguantó porque los habitantes se refugiaron en el hiperliderazgo. Cédric, un anarquista de la misma edad que Chantal, y que aseguraba que también era de procedencia francesa, tomó el mando. Había participado en la ocupación de la casa, y ya era muy conocido en España por haber boicoteado mítines políticos en directo, y haber aparecido en televisión protagonizando todo tipo de acciones. Para muchos era un narcisista de oscuro pasado. Para otros, una especie de héroe contemporáneo. La verdad es que fue él quien logró darle la vuelta al proyecto, cuando éste había perdido el impulso del principio, gracias a su mano de hierro. Echó a varios miembros de la casa que no colaboraban en la cocina o en la limpieza, impuso normas que

para muchos eran arbitrarias –como un toque de queda los fines de semana–, prohibió las relaciones íntimas entre compañeros, creó un comité de mediación –así lo llamó– a través del cual podías denunciar a quien consideraras sospechoso de cualquier cosa, e implantó un sistema de guardias para vigilar la puerta de entrada y de salida. Los más jóvenes también tenían que ocuparse de su seguridad, ya que aseguraba –y era verdad– que estaba amenazado por grupos fascistas.

*

Cuando llueve es muy difícil permanecer seco en la calle. La ropa, los cartones, el saco de dormir. Todo se pudre en poco tiempo. Un incendio puede destruir un cuerpo, o una ciudad, no obstante, sin atenuar su atrocidad, el fuego no deja de desprender una extraña belleza para el que observa desde la distancia. Un cuerpo, una ciudad incandescente. Pero ¿qué belleza se manifiesta tras un naufragio?

*

El liderazgo de Cédric generó muchísimas tensiones. Mucha gente, que desde fuera apoyaba el proyecto, se desvinculó por completo. Pero el anarquista sabía hasta dónde tirar para no romper la cuerda. A veces se alejaba un poco, encontraba algún trabajo mal remunerado, de camarero o de recepcionista de hotel, y dormía durante tres o cuatro semanas en alguna pensión. Pero enseguida volvía a la casa, e imponía nue-

vas normas y restricciones. Por él se sentía odio, admiración o miedo. O las tres cosas a la vez. Menos Chantal, que le agradecía todo lo que había hecho por ella, la oportunidad de empezar de nuevo. Y lo hacía desde una calma tan insólita como inexplicable. Fue Chantal, precisamente, quien logró que el liderazgo de Cédric –siempre demasiado histriónico, siempre demasiado impulsivo– pudiera sostenerse en el tiempo. Era ella la que, si había un problema entre sus compañeros, aparecía con su voz suave, de una fragilidad renovada, y apaciguaba los ánimos. No la podía dejar escapar. Por eso le fue dando cada vez más responsabilidades, sin cederle del todo un poder real. Chantal se hizo cargo de la coordinación de la lavandería, primero. Luego, del comité de comunicación. Hasta que realmente la premió con su sitio preferido, la biblioteca. Una tarea que combinaba con el asesoramiento a los recién llegados.

Chantal era feliz entre tantos libros. De alguna manera ordenaba allí lo que no había podido ordenar anteriormente en su vida. Al principio los vecinos ofrecían únicamente ropa y comida. Pero durante aquellas dos décadas el proyecto se fue consolidando, además de seguir atendiendo a la gente que dormía en la calle, como un lugar de debate y de crítica. Se organizaron presentaciones, charlas y mesas redondas. Los libros se fueron apilando al final del local, tras la escalinata que unía la planta baja con el dormitorio. Chantal se ocupó de clasificar aquella suerte de vertedero improvisado, y compuesto por miles de páginas amarillentas. Comenzó separando ficción y ensayo, y poco a poco fue implementando un criterio

que era indiscutiblemente personal, pero que todos podían comprender e imitar. Arriba de la ancha y larga estantería –que habían construido los miembros de la casa con material reciclado de la basura– reservó tres filas para la literatura española. Baroja, Goytisolo, Marsé, Vila-Matas. Justo al lado, colocó los libros de literatura catalana. Calders, Rodoreda, Monzó, Toni Sala. A este espacio tenías que llegar subiéndote a un destartado banco de madera. Más abajo, dispuso los títulos que le habían donado, y que ella consideraba que constituían piezas clave de la literatura universal, con nombres que había escuchado, pero leído poco, como Zweig, Canetti, Blandiana, Roth, Keruac o Coetzee. En la estantería central puso a los escritores franceses.

Chantal había nacido en Dijon en 1973, aunque se trasladó con su madre a la capital catalana cuando tenía tan sólo dos años, tras la muerte de su padre en un extraño accidente durante una cacería. Por lo tanto, entendía sin problema el francés –su madre le solía hablar en su idioma cuando le quería recriminar algo–, pero había leído poco a escritoras como Marguerite Duras o Simone de Beauvoir. Las fue descubriendo sin prisas, sin imposiciones académicas, sin atender a ninguna moda, siempre y cuando Cédric no la reclamara para algún tema menos agradable que tuviera que solucionarse en la casa. También tenía filas dedicadas al teatro, a la filosofía, a la poesía y al cine. El muladar de nombres –muchas veces desconocidos para ella– fue esculpiéndose como en una taxonomía que todos respetaban. Nadie se atrevía a coger un libro, o dejarlo, sin pasar antes por Chantal, que

llevaba un registro exhaustivo de todos los ejemplares. En la casa, además, descubrió un placer que no había experimentado antes, el de la relectura. John Steinbeck, autor de novelas como *Las uvas de la ira* o *La luna se ha puesto*, se convirtió casi en una obsesión para ella.

*

Hay silencios que son un incendio. Y hay silencios que parecen un naufragio.

*

Aquel día su silencio mutó de rostro porque, cuando estaba ordenando la estantería de libros infantiles –por la casa también pasaban muchos refugiados con niños pequeños–, alguien le tocó la espalda.

Al volverse, Layla se presentó como pudo en un español difícilmente inteligible. Esa mujer joven –en 2032, Layla tenía veintiocho años, frente a los cincuenta y nueve de Chantal– acababa de llegar de Georgia, huyendo de algo que aún no se atrevía a explicar, y necesitaba ayuda. Llevaba días durmiendo en un parque de la periferia de la ciudad, su ropa estaba muy sucia –aunque Chantal sólo se fijara en la diadema negra que le recogía el cabello–, y la noche anterior había sido agredida por un grupo de adolescentes. Le tiraron piedras y le robaron una de sus dos mochilas. Por suerte, tenía en la otra bolsa el ordenador y su teléfono móvil. Para alguien que vive en la calle eso es una forma de no desaparecer del todo. Un

cordón umbilical que mantienes, aún, con el mundo que te ha dado una patada casi definitiva.

Chantal, nerviosa, hizo de su habitual silencio un discurso atropellado y propagandístico. Como no sabía muy bien qué decir, se escondió, como tantas veces hacemos, en las frases hechas. En el registro formal y burocrático.

—Este edificio se construyó en los primeros años del siglo XIX para albergar los carruajes postales. El maestro de Postas, que vivía en la planta de arriba, donde ahora nosotros tenemos el dormitorio comunitario, se encargaba de recoger las valijas de correspondencia y las llevaba hasta la primera parada de recambio, que en aquella época estaba o en Sant Feliu de Llobregat o en el Masnou.

Layla escuchaba la explicación de Chantal sin entender casi nada. Pero Cédric la había obligado a repetir siempre el mismo relato, y a seguir un protocolo estricto de comunicación con todas las personas que entraran en la casa pidiendo ayuda, por muy desesperadas que estuvieran. Los activistas que habían surgido después del 15-M le habían devuelto una historia digna a un local olvidado de la ciudad, que fue abandonado —aunque nunca dejó de ser propiedad del Estado— tras funcionar como un hostel, un locutorio y, finalmente, como un almacén de construcción.

*

Un bosque quemado es un paisaje triste y desolador, efectivamente. Pero aun así mantiene su belleza de ruina natural. Una pared húmeda es, únicamente,

una pared húmeda. Y la humedad provoca arcadas. Una lágrima o un vómito. No es lo mismo. No es exactamente lo mismo.

*

—Aquí, donde estamos ahora, tenían las cuadras. La Casa de Postas estuvo en funcionamiento desde 1814 hasta 1871. Durante toda la noche dejaban una luz que iluminaba esta zona, y también otra en el zaguán. Nosotros, cuando se hace de noche, también dejamos una luz en la entrada. Es por seguridad. Nunca se sabe.

Chantal también le explicó que los carruajes llegaban por la plaza Sant Pere, y que, si se fijaba con atención, aún vería allí alguna placa con el dibujo de los caballos. El correo postal, que funcionó con éxito hasta la llegada y la popularización del ferrocarril, entraba en Barcelona por el acceso a la muralla que había en lo que hoy se conoce como Portal Nou. Chantal quería tranquilizar a esa mujer, como la habían tranquilizado a ella dos décadas atrás, para hacerle entender que estaba en un lugar de confianza, pese a estar rodeada de desconocidos. Ésa era la primera contradicción que uno debía afrontar en ese sitio, aprender a confiar en los desconocidos.

—Justo encima de la puerta había un emblema donde se podía leer que esto era una Casa de Postas. Una vez tuvieron que tapar, con un trapo verde, la corona que tenía el escudo. Para que no quemaran la casa. Barcelona arde cada cierto tiempo. Ya te darás cuenta. Nosotras también somos hijas de un incendio.

–¿Puedo quedarme a dormir? –la interrumpió Layla.

En febrero de 2032 llovió de una manera salvaje en Barcelona. Chantal recordaba, mucho después, cómo el agua inundó su biblioteca durante aquella noche. Lo que era incapaz de recordar era si el agua venía de la calle o de la ducha, en la que Layla, en el piso de arriba, por fin se sintió protegida después de demasiados días abandonada a la intemperie.